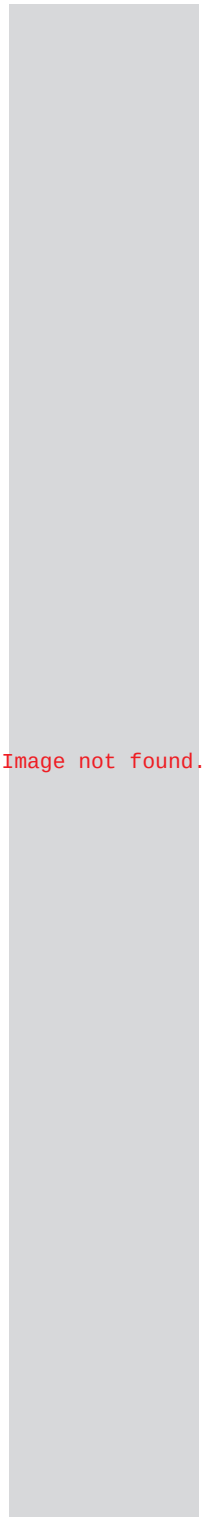
Bolas de Nieve

Francisco Morett



Capítulo 1

Bolas de Nieve

LUCIO

El frío aire proveniente del río Vltava se acorrala en las pintorescas calles del barrio de Malá Strana, en las faldas del castillo de Praga. Hojas de múltiples colores compiten con las fachadas de los palacios, comercios y residencias de la capital checa por el protagonismo pictórico. El otoño quiere dar paso al invierno y con ello los árboles se renuevan soltando sus hojas por aquí y por allá. Los naranjas, amarillos y rojos pintan el cielo y la tierra, los adoquines y piedras que fueran sembradas hace unas cuantas décadas. Cada vez menos luz y más frío.

Son las cuatro de la tarde, para Lucio esta hora es protagonizada por un radiante sol, Lucio está de visita en Praga por primera vez en su corta vida. El hecho de quedarse de pie, inmóvil para admirar el panorama le es igual de fascinante que lo confusos nombres de las calles. De forma práctica es la que empieza con "P" o la que inicia con "K". El castillo será un ícono de la ciudad, pero el abochorno de la gente le fastidia a Lucio; él busca la Praga de verdad y no es que lo que ha visitado sea falso. Es la Praga de la foto, quiere la historia que se queda grabada para siempre.

Sin idea de qué hacer o a dónde ir, Lucio deambula y escapa de las trampas de turistas. Quizá por eso esté tan lejos de su ciudad natal del otro lado del mundo, para escapar de algo que más tarde que temprano se hará presente: la vida adulta. Por el momento no le da importancia, ¿quién le daría con esa vista al Puente de Carlos con el sol escondiéndose igual que él? Su ojos se pierden en el horizonte tratando de encontrar el rumbo de su vida.

En vez de seguir a la masa de asiáticos con sus cámaras último modelo decide nadar contra corriente, se adentra en la soledad de un sitio donde nadie habla su idioma, en una hasta ahora desconocida Praga. Continúa su caminata por Malá Strana hasta encontrar una banca frente a una heladería local, que para ser mediados de otoño tiene una clientela digna de reconocer. Lucio opta por el fuego. Toma un cigarro de la bolsa frontal de su abrigo y lo enciende con facilidad a pesar de las corrientes de aire. Las hojas en el piso vuelan junto a la ceniza de su cigarro.

Los helados deben ser deliciosos con tantas personas entrando y saliendo, Lucio inhala la última parte del cigarro y se decide a entrar. No tiene hambre, recién viene de devorar unos cuantos embutidos y cervezas, pero la curiosidad es mayor que las ganas de seguir sentado viendo el pasar de las personas. La tienda es blanca con olor a café, los colores de los helados resaltan a la vista al entrar. La música de Bon Iver envuelve unas

cuantas mesas y bancos, gran parte del local lo predomina el mostrador donde dos jóvenes mujeres atienden al cliente en turno. Hay cinco personas antes que Lucio, pero en vez de concentrarse en el sabor que está pronto a elegir se detiene a mirar a una de las chicas.

Las preguntas nublan su pensar. Observa su blanquísima piel contrastada con sus pecas y su cabellera naranja, como las hojas que vuelan por la calle. Sus finas facciones y sus ojos brillando más que las luces de la vitrina. Ella es alta y sólo alcanza a observarla a partir de la cintura. Su gorro de chef estilo francés le da un toque de elegancia a la ya hermosa mujer a la vista de Lucio. Sus manos se perciben aún más suaves que las delicadas bolas de helado que está sirviendo, al tocarlas deben ser más suaves que el terciopelo.

¿Cómo se llamará? ¿Le gustará trabajar aquí? ¿Será prudente conversar con ella? ¿Qué le puedo decir? ¿Me habrá notado igual que yo a ella? ¿Querrá salir conmigo y mostrarme algún lugar de la ciudad? ¿Me quiere conocer? ¿Qué le digo?

Es el turno de Lucio, lo llaman a hacer su difícil elección que va más allá del sabor frambuesa y el pistache. Lucio debe decidir hablarle a la chica del mostrador o irse resignado con un exquisito helado. Ella se dirige hacia él, le habla en inglés, su rostro extranjero es inconfundible. Le pregunta que si sabe que va a querer, la voz es un poco aguda con el acento del centro de Europa.

Lucio va a colapsar, las manos dentro de los bolsillos están sudando. Él le pregunta de alguna recomendación, ella contesta que la mayoría pide stracciatella y chocolate, Lucio le responde diciéndole que le sirva el sabor favorito de ella. La gentil empleada acepta el desafío y le pone una bola de frutos salvajes y otra de vainilla. Ella lo mira desafiante a que pruebe su elección, Lucio hace contacto visual mientras saborea el contraste frutal con el dulce aroma de la flor. Antes de irse a sentar, ella le indica que se ha embarrado los labios, le entrega una servilleta de papel y sus dedos conectan en el intercambio.

Mientras Lucio se sienta nervioso en uno de los bancos, ella sigue su corta trayectoria. Debe saber su nombre, se le ve exaltado y sin respuestas.

KLARA

Es el primer día de trabajo de Klara en Angelato. La mayor de tres hijas de un panadero busca entrar a la universidad para estudiar negocios con el dinero de su nuevo empleo. Llega diez minutos antes de su turno en la vieja bicicleta que perteneció a su madre antes de fallecer.

Klara sueña con viajar, sólo ha tenido esporádicos escapes a Viena y al sur de Italia. El mayor propósito de su futura carrera universitaria es salir

de Europa a un lugar cálido, repleto de playas, comida tropical y en donde el uso de vestimenta invernal no sea obligación la mitad del año.

El día ha transcurrido lento a pesar del alto número de clientes en la tienda. La misma actividad una y otra vez, esa monotonía que es fiel reflejo de su vida fuera de la heladería. Bellos escenarios urbanos envueltos en gélida desolación. Ella es querida en su familia; su amor es recíproco pero añora hallar algo diferente en la cotidianidad de su vida. Más que un "algo", un "lo que sea".

Antes de continuar con su turno pide permiso para descansar unos minutos. No está acostumbrada a permanecer de pie la mitad del día, aunque sus zapatillas deportivas son cómodas quisiera estar descalza en la arena. Decide salir a la calle donde se topa un día cualquiera transcurriendo: repleto de turistas disfrutando lo ajeno y desconocido, el cielo perdiendo la luz y el augurio del sombrío invierno que se avecina conforme las hojas de los árboles toman rumbo al río para esconderse hasta la primavera.

Klara disfruta interactuar con los clientes. Siendo realista labora en un próspero negocio donde siempre está activa y para ser el primer día de trabajo, las propinas han superado sus expectativas. Dos de chocolate, tres de stracciatella, seguido de otras cuatro de chocolate y al fin un valiente se aventura al sabor nuez. En medio de la aburrida dualidad de sabores nota a un joven que parece unos años mayor que ella entrando a la tienda.

Él tiene la mirada perdida, con tintes de decepción o desesperación. Al haber crecido en una ciudad tan frecuentada por extranjeros sabe reconocer cuando tiene uno en frente, tal es el caso. Klara comienza a cuestionarse la extraña presencia del joven de la mirada desamparada al servir la enésima bola de chocolate de la tarde.

El chico extranjero se ve perdido, pareciera que no tiene remota idea del por qué está parado en la heladería de Malá Strana en ese preciso momento, un aire de misterio lo rodea. Klara nota que él la está mirando y se sonroja al instante, faltan tres personas para su turno. En un juego con ella misma apuesta a que él es latinoamericano, no se ve europeo pero tampoco tiene la facha del turista promedio.

Es de estatura estándar, más bajo que el típico ciudadano checo, pero luce pulcro con su barba perfectamente afeitada y viste un abrigo café que hace juego con sus finos zapatos Oxford. Su piel no es morena ni blanca, una mezcla castiza que le atrae y le aumenta misterio a su origen. Se pregunta de su situación, probablemente venga de una familia adinerada pero su rostro denota alguna causa de aflicción. Su ojos continúan su incesable búsqueda de conexión hacia los de ella. Ella imagina visitar cualquiera que sea su país natal, quizá sea el de las playas y comida

tropical. Quiere conocerlo a él. Está convencida a intentarlo con una condición: él debe de ordenar algo distinto al chocolate.

Con la amabilidad que toda su vida le ha destacado le dirige la palabra para tomar su orden. El instante mientras decide se hace abismal, está segura que pedirá chocolate luego de que ella le dijo los sabores más populares. El joven cede la iniciativa a Klara, ella le comparte sus sabores favoritos montados en un cono hecho de galleta, parece conforme con lo que obtuvo. Por primera vez su temple cambia desde que ingresó al comercio, quizá encontró lo que buscaba.

Klara nota restos de helado rojo en la parte inferior de sus labios, perdidos entre la barba del apuesto joven; le gustaría tocarlo y limpiarlo pero sólo se atreve a ofrecer una servilleta de papel que él acepta de modo cortés. Él procede a sentarse en la mesa frente a la sección de Klara. En los intervalos en los que atiende a los clientes lo contempla con detalle: percibe un tatuaje debajo de la manga de su camisa, el joven disfruta cada que prueba su helado y cierra los ojos, desea ser la imagen que hay detrás de sus ojos color ámbar. Quisiera que esas bolas de vainilla y frutos salvajes no cesaran jamás. Inevitablemente terminan.

El chico se levanta del banco, Klara decide actuar y va tras él, la pareja se encuentra a mitad de camino y se detienen firmes. Pareciera que él quiere hablar pero ella lo interrumpe antes de poder enunciar una sílaba. Le pregunta si le gustaron los sabores de su helado, él responde con un tranquilo si y calla. La desilusión la invade y la certeza a él, cuando Klara se dispone a regresar a su puesto siente una mano en su hombro, sus piernas comienzan a temblar, cierra los ojos antes de volver a voltear con una sonrisa tímida. Se observan con emoción y risas.

-Me llamo Lucio.

-Yo soy Klara.